

dre, mostró haber recibido extraordinaria alegría, y dió varias veces gracias á nuestro Señor, de que le hubiese de recibir aquella noche.

Recibióle con suma devocion y edificacion de todos, y despues de esto le vinieron varias congojas y le affigieron de suerte, que con ser tan grande su paciencia, descubria ser extraordinario el tormento que pasaba. Esto duró hasta las once ó cerca de las doce, en el qual tiempo, viéndose muy fatigado de sed, dijo: «Mucha sed padezco, pero gracias á Dios, que presto iré á beber de aquellos copiosos y cristalinos rios que salen del paraíso.»

Acabáronse aquellas congojas, y, viendo su compañero que estaba con grande quietud y paz, le dijo que él y otros dos que estaban señalados por la obediencia para que le asistiesen y durmiesen en su aposento, le querian hacer la cama para que reposase lo que restaba de la noche. Tomando la mano en esto uno de ellos, que era Sacerdote, y haciéndole instancia, le respondió el Padre con su acostumbrada cortesía: «Padre, anoche fué la noche del trabajo, esta no será sino la del descanso,» añadiendo siempre: «Bendito sea Dios,» y consiguientemente hizo las diligencias siguientes, con que no parece que se puede poner en duda que sabia con toda certidumbre que aquella noche era la última de su vida, y que no habia de amanecer.

Compuso la ropa de la cama, sin levantarse de ella; arrimó á la pared las almohadas, y sin acostarse del todo, incorporado en la cama, dijo que así habia de pasar aquella noche; púsose un paño de manos encima de la cabeza, y se la apretó con una escofieta, y pidiendo sus calzones, sacó de ellos unas reliquias que apretó mucho con las manos, y luego dijo al Padre y á los Hermanos que le asistian, que se saliesen de la alcoba al cuerpo del aposento, y que durmiesen sin cuidado, porque él no habia menester nada, y que así no entrasen allá si él no los llamase, y con esto se despidieron del Padre, y todos tres le dejaron cubierto con la ropa de la cama y los brazos puestos sobre el pecho.

Notando el modo con que le dejaban, y dudando cómo podria dormir sin acostarse del todo, habiendo padecido poco há tantas congojas y tantas bascas y afficciones, y siendo tan terrible la enfermedad de dolor de costado que tenia, alguno de ellos dijo que bien en breve seria menester tornarle á asistir; pero el admirable varon les dijo que se fuesen, y les aseguró de que aquella noche no los habia menester; hicieronlo así, y en toda la noche no oyeron ruido ni juzgaron ser necesario preguntarle nada.

Y el suceso fué que, pasada la noche, á las cinco de la mañana entró el P. Ministro á saber cómo la habia pasado, á que le respondieron que estaba quieto y que imaginaban que todavía dormia. Dejólo por entónces, pero dentro de poco volvió, y, pareciéndole que era justo entrar en la alcoba, halló la

ropa compuesta de la misma manera que habia quedado la noche ántes, el cuerpo medio incorporado en la cama, los brazos cruzados ante el pecho, como se los vieron poner, y hablándole no respondió. Llegó el P. Ministro á tocarle, y hallóle helado, y, concurriendo los que estaban allí, vieron que estaba muerto, con la misma composicion y paz que poco ántes le habian dejado vivo, y haciéndoles mucha fuerza que tenia los ojos cerrados, como si alguna persona hubiese asistido á su muerte para cerrárselos, siendo así, que si no hay quien los cierre y componga el rostro, en helándose los miembros suelen quedar los ojos y la boca con fealdad, por no poderse entónces componer, y así parece que murió como Moisés *in osculo Domini*. Con que, acordándose de todo lo pasado, entendieron los que allí estaban que él dispuso las circunstancias de su muerte como quien las sabia.

Causó grande espanto que muriese con tanta paz y con tan singular quietud, que ni un vuelco diese ni hiciese una demostracion de las muchas que en un lance tan riguroso se suelen hacer, y que pedia la enfermedad que poco ántes le habia causado tales congojas y afficciones. Pero la respuesta que satisfizo á todo fué, que murió con aquella misma paz y con aquel mismo silencio y retiro con que habia vivido, sin que supiese de su muerte más que él y Dios, como en su vida no habia tenido más testigos que Dios y él.

Causó esta manera de muerte gran admiracion, y quedaron todos los que la supieron sumamente edificados, hallando cada uno cosas particulares que rumiar y ponderar, que á todo esto dió ocasion un género de muerte tan pacífico y tan quieto, y á que habian precedido circunstancias que denotaron la certidumbre con que este admirable Padre procedió en todas sus acciones desde que se sintió tocado de la enfermedad.

Concurrieron á su entierro algunos de sus deudos y muchas personas nobles, así eclesiásticas como seglares, que la acertaron á saber; porque, como no se avisó á nadie y el tiempo de la enfermedad fué tan breve, y la muerte tan no esperada, y en tiempo tan ocupado, porque sucedió la misma víspera de S. José, en la cual por ser este santo patron de los reinos de la Nueva España, hay vísperas solemnes en todas partes; no hubo la frecuencia de gente que hubiera, si no hubiesen concurrido todas estas circunstancias, que aún del haber concurrido ellas, y sucedido en tal día la muerte, se persuadieron muchos habia sido petición suya para morir tan solo como habia vivido y huir de ruidos, aún en su entierro. Con todo, le enterró el Cabildo eclesiástico, y despues mostraron sentimiento muchas personas, así religiosas como seglares, de que no se les hubiese dado parte de su muerte para hallarse en el entierro.

El año de mil y seiscientos y cuarenta, poco despues de la muerte de este siervo de Dios, imprimió su vida el P. Luis de Bonifaz, Rector del colegio de S. Pedro y S. Pablo de la ciudad de Méjico.

P. NIEREMBERG.

### P. CORNELIO BEUNDIN GODINEZ

EL año de mil y seiscientos y quince nació este glorioso mártir en Gravelinga, ciudad bien conocida en Flandes, para honra de su patria, lustre de la Compañía y salvacion de muchas almas.

Desde sus primeros años dió las muestras de virtud y santa inclinacion que en su edad se podian desear, y con más primor en la devocion de nuestra Señora, á quien mostró ternísimo amor; porque, siendo criatura, le edificó un altar en que puso su imágen, delante de la cual rezaba con mucha devocion hincado de rodillas, y le tenia dedicados los sábados para hacerle fiesta, á la cual convidaba á todos los de su casa; encendia muchas candelas, adornaba el altar de rosas y flores, y cantaban todos la Letanía de nuestra Señora de Loreto, y rezaban otras oraciones con mucha devocion, dando muestras de la que él tenia y de lo que habia de hacer en la edad mayor.

En teniendo edad, le enviaron sus padres á la ciudad de Bergas á estudiar letras humanas, en las cuales se aventajó á sus condiscípulos quanto su ingenio excedia á los demas en agudeza y la presteza de aprender, y ayudóle mucho la ventaja que les hacia en la virtud, porque ésta y la ciencia son dos hermanas que se ayudan la una á la otra y crecen á un mismo paso, como vemos que los más virtuosos son generalmente los más aventajados estudiantes.

Era nuestro Cornelio modestísimo, recogido, callado, obediente, devoto, y tan honesto y recatado, que se le oyó decir varias veces en aquella edad, que quisiera más habitar con los brutos en los desiertos, que con las mujeres en poblado.

Huía de las malas compañías, y juntábase con las buenas, y para esto y por la devocion que tenia á nuestra Señora, se alistó en su Congregacion y de ésta entró en la Compañía, en la cual fué recibido el año de 1635 á 3 de

abril, con grande gozo de su alma y no menor de los de la Compañía, prometiéndose gloriosos fines de tan buenos principios.

Bien se deja entender el fervor con que procederia en la religion quien tan encendido le tenia en el siglo; basta decir que á todos tenia por ejemplo para copiar en sí mismo sus virtudes, y él era ejemplo de todos para esmerarse en ellas hasta llegar á su cumbre.

Acabado el noviciado cursó en la Filosofía, aprendió perfectamente la música y en Lobayna la Teología; y, ordenado de Sacerdote, leyó letras humanas algunos años, y la música que habia aprendido, y mucho más la virtud á sus discípulos, que era su principal estudio.

Llegóse en estas ocupaciones el año de 1647, en que fué á tener la tercera probacion, y, sabiendo que se alistaban algunos de la Compañía para ir á predicar á los indios gentiles, no le permitió su fervor ser en tal demanda el último, y así luego pidió con repetidas instancias ir á esta mision.

Habiendo conseguido su deseo, se partió con universal sentimiento de los de casa, por perder su compañía, y de sus discípulos, porque se privaban de su maestro, cuya partida celebraron con lágrimas y versos, haciendo varias epigramas, en que decian que habia de ser prelado y pastor de muchos, á que el siervo de Dios respondió, que esperaba en la divina Bondad ser víctima suya ofrecida en sacrificio, pronosticando su glorioso martirio; y no esta sola vez, sino otras muchas, porque alabándole un Sacerdote cierto género de música, respondió: «Otro canto y otra música me queda por entonar entre los golpes y heridas de los bárbaros, más agradable á Dios y á sus santos que ésta,» de que todos entendieron que habia tenido noticia del cielo de su futuro martirio, en que se confirmaron cuando oyeron que, despidiéndose de una gran sierva de Dios, le dijo que fuese gustoso á las Indias, porque Dios le tenia en ellas preparada una gloriosa corona y una muerte felicísima, en que habia de trocar esta miserable vida con la eterna por medio del martirio.

Albórozado con estas esperanzas, partió el bendito Padre de Flandes con otros catorce compañeros para la Nueva España: embarcáronse en Cádiz y padecieron una recia tempestad por espacio de seis días, que anegó algunas de las naves que iban en su compañía, y la suya, despues de grandes riesgos, aportó á las islas de Canarias, adonde se reparó y prosiguió su viaje, en el cual fué nuestro Cornelio el alivio de todos los pasajeros.

Con la dulzura de su música, los atraía á su trato y conversacion, la cual era siempre de Dios y de las cosas del cielo, moviendo sus corazones á la contricion de los pecados, á las santas costumbres, al ejercicio de las virtudes y á la confesion y penitencia, la cual hicieron muchos, confesándose con él y mudando la vida de escandalosa en ejemplar: y el mismo Padre mudó el